

EL HOMBRE MUERTO

HORACIO QUIROGA

El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal. Faltábanles aún dos calles; pero como en éstas abundaban las chircas y malvas silvestres, la tarea que tenían por delante era muy poca cosa. El hombre echó, en consecuencia, una mirada satisfecha a los arbustos rozados y cruzó el alambrado para tenderse un rato en la gramilla. Mas al bajar el alambre de púa y pasar el cuerpo, su pie izquierdo resbaló sobre un trozo de corteza desprendida del poste, a tiempo que el machete se le escapaba de la mano. Mientras caía, el hombre tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo.

Ya estaba tendido en la gramilla, acostado sobre el lado derecho, tal como él quería. La boca, que acababa de abrírsela en toda su extensión, acababa también de cerrarse. Estaba como hubiera deseado estar, las rodillas dobladas y la mano izquierda sobre el pecho. Sólo que, tras el antebrazo, e inmediatamente por debajo del cinto, surgían de su camisa el puño y la mitad de la hoja del machete, pero el resto no se veía.

El hombre intentó mover la cabeza en vano. Echó una mirada de reojo a la empuñadura del machete, húmeda aún del sudor de su mano. Apreció mentalmente la extensión y la trayectoria del machete dentro de su vientre, y adquirió fría, matemática e inexorable, la seguridad de que acababa de llegar al término de su existencia. La muerte. En el transcurso de la vida se piensa muchas veces en que un día, tras años, meses, semanas y días preparatorios, llegaremos a nuestro turno al umbral de la muerte. Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro. Pero entre el instante actual y esa postrera expiración, ¡qué de sueños, trastornos, esperanzas y dramas presumimos en nuestra vida! ¡Qué nos reserva aún esta existencia llena de vigor, antes de su eliminación del escenario humano! Es éste el consuelo, el placer y la razón de nuestras divagaciones mortuorias: ¡Tan lejos está la muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún! ¿Aún...?

No han pasado dos segundos: el sol está exactamente a la misma altura; las sombras no han avanzado un milímetro. Bruscamente, acaban de resolverse para el hombre tendido las divagaciones a largo plazo: se está muriendo. Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura. Pero el hombre abre los ojos y mira. ¿Qué tiempo ha pasado? ¿Qué cataclismo ha sobrevivido en el mundo? ¿Qué trastorno de la naturaleza trasuda el horrible acontecimiento?

Va a morir. Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.

El hombre resiste —¡es tan imprevisto ese horror! y piensa: es una pesadilla; ¡esto es! ¿Qué ha cambiado? Nada. Y mira: ¿no es acaso ese el bananal? ¿No viene todas las mañanas a limpiarlo? ¿Quién lo conoce como él? Ve perfectamente el bananal, muy raleado, y las anchas hojas desnudas al sol. Allí están, muy cerca, deshilachadas por el viento. Pero ahora no se mueven... Es la calma del mediodía; pero deben ser las doce. Por entre los bananos, allá arriba, el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. A la izquierda entrevé el monte y la capuera de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino al puerto nuevo; y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago. Todo, todo exactamente como siempre; el sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar...

¡Muerto! ¿pero es posible? ¿no es este uno de los tantos días en que ha salido al amanecer de su casa con el machete en la mano? ¿No está allí mismo con el machete en la mano? ¿No está allí mismo, a cuatro metros de él, su caballo, su malacara, oliendo parsimoniosamente el alambre de púa? ¡Pero sí! alguien silba. No puede ver, porque está de espaldas al camino; mas siente resonar en el puentecito los pasos del caballo... Es el muchacho que pasa todas las mañanas hacia el puerto nuevo, a las once y media. Y siempre silbando... Desde el poste descascarado que toca casi con las botas, hasta el cerco vivo de monte que separa el bananal del camino, hay quince metros largos. Lo sabe perfectamente bien, porque él mismo, al levantar el alambrado, midió la distancia.

¿Qué pasa, entonces? ¿Es ése o no un natural mediodía de los tantos en Misiones, en su monte, en su potrero, en el bananal ralo? ¡Sin duda! Gramilla corta, conos de hormigas, silencio, sol a plomo... Nada, nada ha cambiado. Sólo él es distinto. Desde hace dos minutos su persona, su personalidad viviente, nada tiene ya que ver

ni con el potrero, que formó él mismo a azada, durante cinco meses consecutivos, ni con el bananal, obras de sus solas manos. Ni con su familia. Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre. Hace dos minutos: Se muere.

El hombre muy fatigado y tendido en la gramilla sobre el costado derecho, se resiste siempre a admitir un fenómeno de esa trascendencia, ante el aspecto normal y monótono de cuanto mira. Sabe bien la hora: las once y media... El muchacho de todos los días acaba de pasar el puente.

¡Pero no es posible que haya resbalado...! El mango de su machete (pronto deberá cambiarlo por otro; tiene ya poco vuelo) estaba perfectamente oprimido entre su mano izquierda y el alambre de púa. Tras diez años de bosque, él sabe muy bien cómo se maneja un machete de monte. Está solamente muy fatigado del trabajo de esa mañana, y descansa un rato como de costumbre. ¿La prueba...? ¡Pero esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca la plantó él mismo en panes de tierra distantes un metro uno de otro! Ya ése es su bananal; ¡y ése es su malacara, resoplando cauteloso ante las púas del alambre! Lo ve perfectamente; sabe que no se atreve a doblar la esquina del alambrado, porque él está echado casi al pie del poste. Lo distingue muy bien; y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca. El sol cae a plomo, y la calma es muy grande, pues ni un fleco de los bananos se mueve. Todos los días, como ése, ha visto las mismas cosas.

...Muy fatigado, pero descansa solo. Deben de haber pasado ya varios minutos... Y a las doce menos cuarto, desde allá arriba, desde el chalet de techo rojo, se desprenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almorzar. Oye siempre, antes que las demás, la voz de su chico menor que quiere soltarse de la mano de su madre: ¡Piapiá! ¡Piapiá!

¿No es eso...? ¡Claro, oye! Ya es la hora. Oye efectivamente la voz de su hijo... ¡Qué pesadilla...! ¡Pero es uno de los tantos días, trivial como todos, claro está! Luz excesiva, sombras amarillentas, calor silencioso de horno sobre la carne, que hace sudar al malacara inmóvil ante el bananal prohibido.

...Muy cansado, mucho, pero nada más. ¡Cuántas veces, a mediodía como ahora, ha cruzado volviendo a casa ese potrero, que era capuera cuando él llegó, y antes había sido monte virgen! Volvía entonces, muy fatigado también, con su machete pendiente de la mano izquierda, a lentos pasos. Puede aún alejarse con la mente, si quiere; puede si quiere abandonar un instante su cuerpo y ver desde el tejamar por él construido, el trivial paisaje de siempre: el pedregullo volcánico con gramas rígidas; el bananal y su arena roja; el alambrado empequeñecido en la pendiente, que se acoda hacia el camino. Y más lejos aún ver el potrero, obra sola de sus manos. Y al pie de un poste descascarado, echado sobre el costado derecho y las piernas recogidas, exactamente como todos los días, puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla — descansando, porque está muy cansado.

Pero el caballo rayado de sudor, e inmóvil de cautela ante el esquinado del alambrado, ve también al hombre en el suelo y no se atreve a costear el bananal como desearía. Ante las voces que ya están próximas —¡Piapiá!— vuelve un largo, largo rato las orejas inmóviles al bulto: y tranquilizado al fin, se decide a pasar entre el poste y el hombre tendido que ya ha descansado.



REFLEXIONA Y COMENTA SOBRE EL CUENTO

1. ¿Cómo se produce el accidente del protagonista y qué elementos del entorno lo rodean en ese momento?
2. ¿Por qué el protagonista inicialmente no acepta la gravedad de su situación? ¿Qué mecanismos psicológicos se reflejan en sus pensamientos?
3. ¿Qué significan las palabras "capuera", "banano" y "potrero" en el contexto del cuento? ¿Qué nos indican sobre el ambiente rural argentino de la época?
4. Identifica los diferentes tiempos verbales que usa Quiroga. ¿Por qué alterna entre presente y pasado cuando describe los pensamientos del protagonista?
5. Busca cinco adjetivos que Quiroga usa para describir la naturaleza. ¿Cómo contribuyen estas descripciones a crear la atmósfera del relato?
6. ¿Cómo utiliza Quiroga la técnica del monólogo interior y qué efecto produce en el lector la perspectiva desde la conciencia del moribundo?

THE DEAD MAN

HORACIO QUIROGA

The man and his machete had just cleared the fifth path of the banana grove. They still had two paths left; but as these were abundant with *chircas* and mallows, the task ahead of them was easy. The man therefore glanced contentedly at the cut bushes and crossed the wire fence to lie down for a while on the grass. But as he lowered the barbed wire and moved his body across, his left foot slipped on a piece of bark that came loose from the post, as the machete slipped out of his hand. As he fell, the man had the faint impression of not seeing the machete flat on the ground.

He was already lying on the grass on his right side, just as he wanted. His mouth, which had just opened to its full extent, had also just closed. He was as he would have liked to be, his knees bent and his left hand on his chest. Just that, behind his forearm, and immediately below his belt, the handle and half of the blade of the machete protruded from his shirt, but the rest was not visible.

The man tried to move his head in vain. He glanced sideways at the hilt of his machete, still wet with the sweat of his hand. He mentally appreciated the extension and trajectory of the machete inside his belly, and got the cold, mathematical and inexorable certainty that he had just reached the end of his existence. Death. In the course of our lives, we often think that one day, after years, months, weeks and days of preparation, we will reach the gates of death in our turn. It is the fatal law, accepted and foreseen; so much so, that we usually let ourselves be pleasantly carried away by our imagination to that moment, supreme among all, when we take our last breath. But between the present instant and that last expiration, what dreams, upheavals, hopes, and dramas do we boast in our lives! What does this vigorous existence still have in store for us, before its elimination from the human scene! This is the consolation, the pleasure, and the reason for our mortuary ramblings: So far away is death, and so unforeseen is what we must still live! Still...?

Not two seconds have passed: the sun is exactly at the same height; the shadows have not advanced an inch. Suddenly, all his long-term ramblings have just been resolved for the man lying down: he is dying. Dead. He can consider himself dead in his comfortable posture. But the man opens his eyes and looks. How long has it been? What cataclysm has survived in the world? What disorder of nature transudes the horrible event?

He's going to die. Coldly, fatally and inescapably, he is going to die.

The man resists—this horror is so unforeseen! and he thinks: it's a nightmare; that's it! What has changed? Nothing. And look: isn't that the banana grove? Doesn't he come every morning to clear it? Who knows it better than him? He can perfectly see the grove, so sparse, and the wide bare leaves in the sun. There they are, very close, frayed by the wind. But now they are not moving... It is the calm of midday; but it must be twelve o'clock. Up among the banana trees, the man sees the red roof of his house from the hard ground. On the left he glimpses the forest and the wild cinnamon *capuera*. He cannot see more, but he knows very well that behind him is the road to the new harbor; and that in the direction of his head, down there, at the bottom of the valley, lies the Paraná asleep like a lake. Everything, everything exactly as usual; the fiery sun, the vibrant and lonely air, the still banana trees, the wire fence of very thick and high posts that will soon have to change...

Dead! But is it possible? Isn't this one of the many days when he has left his house at dawn with the machete in his hand? Isn't he right there with the machete in his hand? Isn't his horse, his *malacara*, right there, four meters away from him, sniffing the barbed wire parsimoniously? But yes! Someone whistles. He cannot see, because he has his back to the road; but he hears the horse hooves resound on the little bridge... That is the boy who goes by to the new harbor every morning at half past eleven. And always whistling... From the peeling post that he almost touches with his boots, to the living fence of the forest that separates the banana grove from the road, there are fifteen long yards. He knows this perfectly well, because he himself, when he raised the fence, measured the distance.

What's going on, then? Is that or is it not a natural noon of the many in Misiones, in his forest, in his pasture, in the sparse banana grove? No doubt! Short grass, ant cones, silence, leaden sun... Nothing, nothing has changed. Only he is different. For the last two minutes, his person, his living personality, has had no connection with either the pasture, which he himself hoed, for five consecutive months, or with the banana grove, the work of his own hands.

Nor with his family. He has been abruptly and naturally torn off by a lustrous shell and a machete in the belly. For the past two minutes: He's been dying.

The man, very tired and lying on the grass on his right side, is always reluctant to admit a phenomenon of this transcendence, in view of the ordinary and monotonous aspect of what he sees. He knows the time well: half past eleven... The boy has just crossed the bridge as every day.

But it is not possible that he slipped...! The handle of his machete (he will soon have to change it; it is not as light anymore) was perfectly pressed between his left hand and the barbed wire. After ten years in the forest, he knows very well how to handle a forest machete. He is just very tired from that morning's work, and rests for a while as usual. The proof...? Well, that grass that he feels in the corner of his mouth he planted himself in loaves of dirt a yard from each other! That is indeed his banana grove. And that is his *malacara*, snorting cautiously at the barbs of the wire! He sees him perfectly. He knows that he does not dare to turn the corner of the fence, because he is lying almost at the foot of the post. He distinguishes him very well; and he sees the dark threads of sweat that trickle down from the withers and the haunch. The sun beats down, and the calm is so great, for not a fringe of the banana trees moves. Every day, like that one, he has seen the same things.

...Very tired, but he rests alone. Several minutes must have passed by now... And at a quarter to twelve, from up there, from the red-roofed cabin, his wife and two children will start walking to the banana grove, to fetch him for lunch. He always hears, before the others, the voice of his youngest boy who wants to let go of his mother's hand: Piapiá! Piapiá!

Is that...? Sure, listen! It's time. He does hear his son's voice... What a nightmare...! But it's one of the many days, trivial as all of them, clearly! Excessive light, yellowish shadows, silent oven heat on the flesh, which makes the immobile *malacara* sweat in front of the forbidden banana grove.

...Very tired, so tired, that's all. How many times, at noon as now, has he crossed that pasture on his way home, which was *capuera* when he arrived, and had previously been virgin forest! He would return then, very tired too, with his machete hanging from his left hand, with slow steps. He can even go away with his mind, if he wishes; he can, if he wants to leave his body for a moment, and see from the tiled roof built by him, the trivial landscape of always: the volcanic pebbles with rigid grasses; the banana grove and its red sand: the dwarfed wire fence on the slope, which leans towards the road. And even further away, he would see the pasture, the work of his hands alone. And at the foot of a peeling post, lying on his right side and his legs tucked up, just as he does every day, he can see himself, like a little sunny lump on the grass — resting, because he is very tired.

But the horse, streaked with sweat, and immobile with caution in front of the corner of the fence, also sees the man on the ground and does not dare to walk along the banana grove as he would like. At the voices that are already close to him — Piapiá! — he turns his motionless ears to the bundle for a long, long time: and reassured at last, he decides to pass between the post and the man lying down who has already rested.



REFLECT AND COMMENT ON THE STORY

1. How did the protagonist's accident occur and what elements of the environment surround him at that time?
2. Why does the protagonist not initially accept the seriousness of his situation? What psychological mechanisms are reflected in his thoughts?
3. What do the words "capuera", "banano" and "potrero" mean in the context of the story? What do they tell us about the Argentine rural environment of the time?
4. Identify the different verb tenses that Quiroga uses. Why does he alternate between present and past when describing the protagonist's thoughts?
5. Look for five adjectives that Quiroga uses to describe Nature. How do these descriptions contribute to creating the atmosphere of the story?
6. How does Quiroga use the inner monologue technique and what effect does the perspective from the consciousness of the dying person have on the reader?

Copyright: El contenido literario representado en el texto es obra de sus correspondientes autores. Cualquier otro contenido, incluidas las actividades de comprensión de texto, redacción y conversación guiada propuestas son obra de Globálica Translation Services www.6lobalica.com